

Críticas

ALVAREZ JUNCO, José: *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la demagogia populista*. Madrid, 1990.4." 509 pp.

Si, en este país, el ejercicio de la crítica historiográfica se encuentra a menudo bajo sospecha -sospecha de amiguismo, o de ritualización, o de trivialidad...—, es preciso admitir que, cuando crítico y criticado han compartido un mismo terreno de investigación y sus trabajos se hallan enlazados por muchas y recíprocas deudas científicas y personales, las suspicacias son inevitables. Como autor de *El republicanisme lerrouxista a Catalunya (1901-1923)* (Barcelona, Curial, 1986) comienzo, pues, por confesar una cierta incomodidad intelectual a la hora de abordar la reseña de este ambicioso volumen de José Alvarez Junco.

En sus aspectos formales, el libro resulta sencillamente modélico. Lo son su cuidadísima edición, la generosa y minuciosa selección de las ilustraciones, la complejidad de los cuadros sinópticos, el triple índice -temático, de personajes históricos y de autores citados- con que cuenta; apenas puede reprochársele, en este terreno, el excesivo laconismo de las notas, y la imagen de la portada, de un Lerroux anciano y aburguesado, que casa mal con el título y el tema de la obra. Más destacable es aun la brillantez de la escritura, el brío casi novelesco, el ritmo y el poder evocador de muchas páginas, que tienden a reconciliar dos elementos demasiado largamente divorciados en nuestra historiografía: el rigor académico y la técnica literaria.

Por lo que se refiere a la estructura, a la arquitectura interna del estudio, Alvarez Junco ha pretendido entrecruzar un esquema narra-

tivo, diacrónico —el propio de la biografía clásica- con otro de carácter analítico y sincrónico, usual en la ciencia política o la sociología. El resultado es una especie de cuadro impresionista en el que se acumulan las pinceladas de colores y trazos bien diversos: evocaciones noveladas de la infancia y juventud del futuro «caudillo» radical, escenas de época —como la consagrada a los duelos en el Madrid ochocentista-, una descripción irónica y aguda del republicanismo finisecular o la crónica del terrorismo anarquista de los años 1890, esmaltadas ambas con pequeños y memorables retratos de personajes como Manuel Ruiz Zorrilla, Nicolás Estévez, *Federico Urales* o Pedro Vallina...; pero también una aproximación al papel y las características del periodismo político durante la Restauración, algunas observaciones sobre la función política del ejército a lo largo del XIX, el análisis de la mitología anticlerical española contemporánea o una sofisticada y, poco inteligible, representación gráfica del perfil sociológico del voto lerrouxista barcelonés.

Esta variedad de registros y de enfoques en el seno de un mismo libro, e incluso en el interior de cada capítulo, puede provocar a lo largo de su lectura alguna sensación de heterogeneidad y dispersión. Una vez alcanzada la última página, empero, y contemplado globalmente, el *puzzle* adquiere sentido, y el paisaje que dibuja es uno de los más fértiles en ideas y abundante en sugerencias de cuantos últimamente han tratado de plasmar la realidad española a caballo entre los siglos XIX y XX.

Considerando los aspectos más político-organizativos del lerrouxismo ya suficientemente estudiados, Alvarez Junco hace sus principales aportaciones en dos ámbitos: la reconstrucción precisa de los años formativos de Alejandro Lerroux, de su hasta ahora oscura etapa prebarcelonesa (1886-1901); y, para la década siguiente, el análisis de la *cultura política*, del mundo mental, del imaginario colectivo de las izquierdas republicanas y obreras del Novecientos, así como la radiografía de la tantas veces invocada *demagogia* lerrouxista, es decir, de sus formas de utilización del lenguaje, de los mecanismos retóricos con los que sedujo a las masas populares de la Ciudad Condal.

Impecable en esos epígrafes, *El Emperador del Paralelo* adolece de reduccionismo al querer aprisionar en ellos toda la compleja y magmática realidad dellerrouxismo barcelonés, flaquea a la hora de insertar el fenómeno en el escenario sociopolítico-cultural catalán y no acaba de resolver, tampoco, la ubicación del movimiento acaudillado por Lerroux entre los populismos contemporáneos.

Afirmaciones tan discutibles y forzadas como la del carácter irracionalista y prefascista dellerrouxismo, o la de que la derrota de 1907

frente a la Solidaridad significó casi su fin -olvidando incluso la resurrección electoral de diciembre de 1908-, o interpretaciones «freudianas» de la violencia anticlerical durante la Semana Trágica, que se tambalean con sólo recordar que las masas incendiarias eran sobre todo femeninas, ilustran a la vez el empuje rupturista y las limitaciones del trabajo de Alvarez Junco. Un libro audaz, imaginativo, polémico, fundamental en todo caso.

Joan B. Cuila i Clarà

BUNKTION, M. (ed.): *Fascists and Conservatives. The radical right and the establishment in twentieth-century Europe*. Londres, 1990. 4." 292 pp.

«En los últimos veinte años -escribe Blinkhorn-, se ha venido realizando un enorme esfuerzo en el estudio del fascismo y la derecha en la Europa del siglo XX.» Ciertamente abundan los estudios desde diversas perspectivas del fenómeno fascista, aún cuando no son tantos los trabajos que abordan el análisis del conservadurismo o la derecha radical, y tampoco menudean los estudios en los que las distintas «capillas» de la caleidoscópica y multiforme derecha del período de entreguerras sean puestas en relación ¹. Entre las múltiples cuestiones que se debaten en torno al fenómeno fascista, aún pervive la controversia entre su pretendido carácter genérico y el enfoque nominalista que diluye su especificidad en una plétora de movimientos «inherentemente» diferentes de derecha autoritaria -como señalara Payne-. Trabajos como el del citado autor (*EL fascismo*, 1980) han reafirmado la existencia de una vía intermedia de interpretación, a partir del estudio comparado entre las diversas líneas y países, con el fin de deslindar en el plano teórico y de «realpolitik» sus diferencias y similitudes. Ello supone una mayor especificación de los casos en los que se produce un «continuum» ideológico, una ruptura radicalo una mutua instrumentalización entre movimientos que se ha tendido a identificar como un todo homogéneo. En esta misma línea (y con objetivos similares) se puede encuadrar el trabajo que nos ocupa.

¹ Quizá se puede percibir en los últimos años un mayor interés en el estudio de la derecha, como lo demuestra la reciente reedición de obras como: MANNHEIM, K. *Conservatism. A contribution to the sociology of knowledge*. Londres, 1986; el actualizado HEMOND, H. *Les droites en France*. Aubier, 1982; o la publicación de nuevos trabajos como EATWELL, R. (ed.). *The nature of right. European and American politics and political thought since 1789*. Londres, 1989 (por ofrecer algún ejemplo significativo).

El presente volumen, constituye un notable conjunto de contribuciones al estudio de la naturaleza de las relaciones entre el conservadurismo, la derecha radical y el fascismo en la Europa de entreguerras. Los trece trabajos parten de dos premisas fundamentales: son aproximaciones de carácter empírico y pretenden examinar las complejas relaciones entre las diversas líneas de la derecha, con objeto de analizar los sutiles límites entre una reconocida «distinción subjetiva» entre las mismas y la realidad objetiva. Ambas cuestiones condicionan los análisis, que subordinan (sin soslayarlas) las elucubraciones teóricas al estudio histórico en ocasiones minucioso y pleno de matices. De alguna manera, se percibe en todas ellas el mensaje manheimiano, que destaca la dificultad de establecer un modelo único de comportamiento conservador, y subordina su acción a las circunstancias espacio-temporales.

El estudio se centra en los años en los que el trauma de la posguerra, la mecha encendida por la revolución bolchevique, la crisis económica y el auge de las ideologías ultranacionales o las redivivas tradiciones contrarrevolucionarias influirían, en diferente medida, en la crisis definitiva de las «viejas políticas»; lo que O. Mosley denominó el «old gang». Años al inicio de los cuales, el conservadurismo liberal se enfrentó, en no pocas ocasiones, a las tensiones derivadas de su escasa capacidad de modernizarse, articular a través de la movilización sólidos partidos de masas y garantizar el «orden» a las élites establecidas. Ello llevó a muchos conservadores «sociales» y «políticos» -según la distinción que realiza Blinkhorn (p. 118)- a operar en los «márgenes»; próximos ideológicamente, o al menos en su estilo político, a los nuevos grupos autoritarios, radicales y fascistas, con los que establecieron una dinámica y ambigua relación amor-odio.

Los diferentes casos son abordados desde múltiples perspectivas (análisis socio-económico, ideologías, mentalidades, políticas concretas...), y atendiendo a sus diversos protagonistas principales (monarcas, católicos, terratenientes, clases medias, juventudes...).

Sarti y Pollard, en sus contribuciones sobre Italia, analizan respectivamente, la debilidad del conservadurismo liberal y el papel de los católicos clericofascistas -no demasiado estudiados hasta la actualidad- en el ascenso de Mussolini. Lewis perfila las características del austrofascismo y sus raíces en el conservadurismo autoritario de los socialcristianos y el Heimwehr. Blinkhorn y Preston estudian la derecha en España, los diversos elementos de tradición contrarrevolucionaria y el liberalismo «contingente» de los sectores conservadores, propensos a alianzas más tácticas que ideológicas con un fascismo débil que constituyó -en los años del franquismo-- alterna-

tivamente una pantalla ideológica de cara al exterior, un amigo «mo-lesto»; en definitiva, un «león domado» en la burocracia y en las complejas y cambiantes redes de poder articuladas por las diferentes familias autoritarias del sistema.

Elley y Noakes centran sus trabajos en el análisis de la evolución entre la inicial «confusión contrarrevolucionaria» en la Alemania de Weimar -donde destacan elementos fascizantes sociológicos e ideológicos- y la finalmente ambigua y tensa relación entre nazismo y conservadurismo autoritario -a través, esto último, de un interesante estudio biográfico (extracción social, ideología, cultura política) de algunos destacados conservadores autoritarios. Stevenson profundiza en las causas de la escasa fuerza del fascismo en Gran Bretaña; debilidad que también destaca Larsen en los Países Nórdicos, analizando lo que él denomina las causas subyacentes y contingentes que condicionan este fenómeno.

Gallagher se centra, básicamente, en la distinción entre salazarismo y fascismo; diferencias que también expone Close en lo que respecta al autoritarismo de Metaxas (con influencia maurrasiana y de corte salazarista). Austin analiza la derecha en Francia, en los años en torno al régimen de Vichy, a partir de una interesante documentación que le permite aproximarse a las mentalidades y calibrar la percepción del fascismo. Finalmente Livezeneau estudia el caso rumano, en el que el lastre del clima nacionalista de carácter populista creado tras la guerra y agudizado en el proceso de «edificación» del Estado, tuvo gran influencia en el desarrollo de un creciente discurso prefascista de cariz antiurbano, xenófobo y antisemita.

El trabajo, de lectura amena, ofrece una estructura narrativa «integrada de análisis» y recurre con frecuencia a las interrogaciones directas (lo que imprime vivacidad al relato). Su fuerza subyace, sobre todo, en el interés del tema elegido, a pesar de que ni éste ni gran parte de las conclusiones a las que se llega son novedosas -10 que se hace, quizá, especialmente evidente para los lectores españoles en los casos de Blinkhorn y Preston. Aún así, el volumen resulta útil como estudio general, con referencias a temas de presente debate historiográfico y comparaciones entre las diversas líneas y países. Incluye, además, una bibliografía actualizada y, en algunos casos, ofrece documentación inédita de gran interés.

María Jesús González Hernández

CARMONA BADIA, Xoan: *El atraso Industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles, 17.50-1900*. Barcelona, 1990. 4." 252 pp.

Desde la publicación allá por el año 1972 en la «Journal of Economic History» del trabajo inicial de Mendels «Protoindustrialización: ¿primer paso del proceso de industrialización?», numerosos especialistas de todos los países y en multitud de foros y publicaciones han puesto a debate la industria rural, su importancia y sus proyecciones tanto a nivel social y económico en sus respectivas áreas como en el futuro desarrollo industrial. El libro de Xoan Carmona constituye un excelente estudio que viene a cubrir el espacio gallego inexplorado de una manera tan global frente a los numerosos estudios similares realizados para otras zonas de la península por autores tan reconocidos como Fernández de Pinedo, González Enciso o Jaume Torras.

La tesis fundamental del libro es el irremediable fracaso de la acumulación capitalista y el desarrollo de formas fabriles de producción en el sector textil gallego generado, primero, por unas deficientes condiciones dentro del sector agrario tradicional, y segundo, por la escasa integración y desarrollo de un sector mercantil anejo a estas formas de producción domésticas. La favorable coyuntura de finales del siglo XVIII para un «domestic-system» en el sector textil desaparece por la acción combinada del agravamiento de sus propios defectos estructurales junto al advenimiento de formas fabriles de producción textil tanto nacionales como extranjeras dentro de un mercado cada vez más estrecho.

La pervivencia del modo de producción tradicional ofrece amplios beneficios, escasos costes tanto en capital fijo como variable -aunque intentos hubo como magistralmente demuestra el profesor Carmona-, y sobre todo, nulas transformaciones sociales o económicas operando como freno más que como sector propiamente protoindustrial dentro del tejido económico general de la región gallega.

Si algo sorprende de este trabajo más allá de su contenido es el ingente trabajo desarrollado sobre la documentación de la época, así como el cuerpo teórico de que hace gala tanto en el primer capítulo como a lo largo de toda la obra. La extensa documentación local, el uso de los protocolos notariales y registros mercantiles cubren suficientemente las deficiencias de los textos de la época mientras que el dominio de la bibliografía y las investigaciones extranjeras -series de importaciones de lino ruso a través de Sund, estudios sobre la industria lencera de Irlanda, Bretaña o Flandes, ...- dotan al trabajo

de una profundidad que el tratamiento regional/nacional nunca podría lograr.

Gran parte de la importancia historiográfica de este estudio radica en la exposición que Xoan Carmona hace del fracaso del sector textil preindustrial, a pesar de la anterior expansión, forzado por la presión de la oferta exterior, la desarticulación del mercado y de la propia producción y, por fin, por la desvinculación de los sectores comerciales del ámbito estricto de la producción industrial. La desagregación posterior muestra también la crisis de la sociedad gallega: la superación vendrá por la emigración, el ennoblecimiento de los sectores mercantiles y el localismo económico generalizado.

Aunque es un estudio básicamente sobre la lencería gallega, personalmente creo que es, sobre todo, un amplio estudio de las consecuencias del mantenimiento de la agricultura de Antiguo Régimen en un ámbito concreto, de la estructura comercial y las élites mercantiles de Galicia y, finalmente, de la importancia que para el desarrollo económico de un ámbito regional tiene el mercado interno.

Esta última perspectiva debe abrir nuevos campos de investigación en historia económica, replanteando para ciertas zonas de la península una investigación exhaustiva --como han sugerido varios autores y entre ellos Josep Fontana¹-- de la relación producción/mercados como forma de estudiar el fracaso industrial o la capacidad de generar desarrollo económico fuera del marco estrictamente industrial durante el siglo XIX.

Además, en un momento historiográfico en el cual la figura del «*entrepreneur*», el espíritu empresarial o el traspaso de tecnología parecen primar como explicaciones básicas al proceso de industrialización, el trabajo de Xoan Carmona retoma la explicación de este proceso a partir de un amplio abanico de causas internas y externas, en diferentes grados e intensidades según el período, pero siempre evitando visiones unitarias tan en boga actualmente entre los investigadores.

Poco puedo desde mi situación objetar al trabajo del profesor Carmona. Quizá el hecho de que no muestra una explicación clara de la localización de la industria rural, por qué apareció donde apareció y que demuestra que los presupuestos teóricos de Mendels o Kriedte no son universalmente válidos, así como la aparente fragilidad de la demostración del dominio del carácter rural del sector textil al basarse tan sólo en datos del Catastro de Ensenada, pudiendo estar los datos enmascarados dentro de otras categorías profesionales para evi-

¹ MARTÍNEZ VARA, Tomás. «Mereado y desarrollo económico en la España contemporánea». Madrid, 1986.

tar el control municipal. Evidentemente estas pequeñas objeciones no alteran en nada la fuerza y coherencia de planteamientos que muestra a lo largo de todas las páginas del libro.

Como bien se afirma en la contraportada del libro, la obra viene a constituir una historia económica de Galicia en la época de transición al capitalismo, lo que indudablemente hace del volumen una obra de obligada consulta tanto para el investigador del tema como, por su claridad expositiva y conceptual, para cualquier interesado en el fenómeno de la industrialización.

Javier Jiménez-Ridruejo Ayuso

CONGOST, Rosa: *Els propietaris i els altres. La regió de Girona, 1768-1862*. Vic, 1990. 4." 308 pp.

Esta obra tiene un excepcional interés por varios motivos: constituye, sin duda, una valiosa aportación al estudio del tránsito de una sociedad de Antiguo Régimen a una sociedad liberal, con un sólido análisis empírico, pero además tiene un gran valor metodológico y conceptual. *Els propietaris i els altres* (Los propietarios y los otros) es el estudio de las relaciones de producción en la sociedad agraria gerundense en el fin del Antiguo Régimen, unas relaciones que revisiten una extraordinaria complejidad --como la autora se encargará de constatar-- y que suponen una gran variedad de situaciones en el campesinado: en ellas se hallan mezcladas formas plenamente feudales con otras que señalan la penetración del capitalismo. Rosa Congost no entra en el debate teórico de los modos de producción porque «no le sirve» para su objeto de estudio, y en cambio se centrará en el concepto de explotación y el de clase: es precisamente a partir del análisis de las relaciones de explotación que podrá definir la estructura de clases de la sociedad estudiada. La gran dificultad de su estudio es precisamente la definición de la «clase propietaria», un reto que Rosa Congost acepta valientemente desde el mismo título de la obra. ¿Cómo contraponer clase feudal y campesinado, cuando los que detentan el dominio útil de la propiedad pueden formar también grandes patrimonios, cuando el subestablecimiento es una práctica absolutamente común (y de ahí la importancia que detecta de los laudemios), y un rentista está sometido a otras rendas feudales? La enfiteusis deja entonces de ser vista como una institución liberadora del campesinado, para aparecer como una forma de apropiación del trabajo campesino especialmente válida en una zona como Cataluña, donde predomina la forma de explotación familiar, y donde la autoexplotación familiar podrá sustituir la modernización económica.

La obra de Rosa Congost desmiente la visión idílica de la sociedad agraria catalana repetida machaconamente por la ideología «para-rista», que defiende la enfiteusis y la aparcería como instrumentos de bienestar social al permitir al campesino acceder a la propiedad, y que basa todo su sistema en la pretendida estabilidad del campesinado y en el reparto equilibrado de la propiedad rural. Rosa Congost demuestra lo contrario: la dificultad del acceso a la propiedad, la problemática estabilidad de los aparceros en la posesión de la tierra y el desigual reparto de propiedad. Porque como otros estudios sobre la misma zona ya habían puesto de manifiesto - Yvette Barbaza (1966), Helena Estalella (1984)-, la concentración de la propiedad existe aun cuando aparece bajo la forma de una suma de pequeñas y medianas propiedades dispersas por diferentes municipios. Este estudio comprobará otra evidencia: que la revolución liberal, al dar el triunfo a los detentadores del dominio útil de la tierra, no fue favorable al campesinado, sino a la clase propietaria. Sólo así es posible entender la formación de una sólida burguesía agraria que jugará un papel social y político nada despreciable en la sociedad catalana contemporánea. Una burguesía agraria que será pionera en España en organizarse corporativamente, como atestigua la creación en 1845 de la Asociación Agrícola del Ampurdán.

Decíamos que la obra de Rosa Congost constituye también una aportación valiosa a nivel metodológico. Su estudio -que le valió el grado de doctora en 1988 por la Universidad Autónoma de Barcelona-, se fundamenta en el análisis sistemático de treinta mil establecimientos del Registro de Hipotecas de Gerona (una fuente histórica de la que ella misma se encarga de confirmar la validez en *Esludis d.Historia Agraria*, n. 8), utilizando para ello medios informáticos, aunque ella misma reconoce que el simple análisis de las cifras no podía mostrar la complejidad de la sociedad estudiada. Será esta fuente histórica la que le determine el período de observación (1768-1862), y también el ámbito geográfico. Pero escoge también la región de Gerona como «laboratorio» para su estudio porque la importancia de la tierra como factor de producción (la ausencia de un proceso de industrialización significativo) le permiten un análisis «relativamente fácil» de las relaciones de clase en aquella sociedad y momento histórico. A partir de aquí estructura su análisis de los derechos de propiedad de la tierra, la renta y las formas de explotación, a un nivel estructural; una segunda parte incide en la dinámica de estas relaciones a lo largo del período estudiado y evalúa las consecuencias de la revolución liberal; finalmente, en la tercera parte, profundiza el concepto de «clase propietaria», atendiendo a algunos signos de identificación, a su organización como clase y a su ideología.

Es este un trabajo abierto, por las muchas sugerencias y cuestiones que plantea, y que se plantea a sí misma explícita y honestamente. Por ello decíamos al principio que tiene una gran riqueza a nivel teórico y conceptual. Rosa Congost parte de la tradición historiográfica marxista para formular sus categorías, pero utiliza su formación teórica de forma flexible y abierta, y critica las formulaciones excesivamente rígidas de otros historiadores. Si bien el estudio remite a Marx, porque «el análisis histórico de esta sociedad compleja sería mucho más difícil sin su reflexión», va más allá de la reivindicación del marxismo como instrumento de análisis del pasado. La obra de Rosa Congost es una reivindicación de la historia como reflexión teórica, de la historia como «una combinación de teoría y empirismo». No se trata simplemente de un ingente trabajo empírico, sino también de una invitación a la reflexión historiográfica.

lord; Planas i Maresma

CARCÍA PIÑETRO, Ramón: *Los mineros asturianos bajo el franquismo, 1937-1962*. 1990. 4.º 371 pp.

La situación de los trabajadores desde la victoria franquista hasta la irrupción del nuevo movimiento obrero español en los años sesenta continúa siendo una de las grandes lagunas de la historiografía sobre el franquismo. La realidad obrera de los años cuarenta y cincuenta aparece borrosamente como el sometimiento a un duro régimen laboral -cuyo substrato totalitario pasa inadvertido en muchas de las caracterizaciones del franquismo- y la lucha por una supervivencia difícil -sin disponer de índices fidedignos de evolución de los salarios reales- a la espera de tiempos mejores en los que poder mostrar su hostilidad al régimen, hostilidad que, sin mayores concreciones, «se le supone».

Las investigaciones que pretenden trascender estas generalidades han de enfrentarse a graves dificultades de acceso a las fuentes, ya sea por destrucción, ocultamiento o simple prohibición gubernativa. Los trabajadores, pues, han de conformarse con ser incluidos en el amplio sector de opositores al régimen, cuyo estudio suele suplirse por la exposición de los avatares de las organizaciones políticas y sindicales clandestinas (no siempre por razones estrictamente documentales).

Carcía Piñeiro, siguiendo el camino abierto para la provincia de Barcelona por Carme Molinero y Pere Ysàs, intenta superar tal situación ofreciendo --en lo que constituye a nuestro juicio la parte más innovadora de su investigación- un análisis de las condiciones de

vida y de trabajo de los mineros bajo el franquismo y sus actitudes ante el régimen, además del ya clásico estudio de las organizaciones opositoras.

En los primeros capítulos del libro, Carda Piñeiro aborda, con un cierto desorden, los mecanismos utilizados por el régimen franquista para incrementar la producción de la minería, sector caracterizado por la combatividad de sus trabajadores y convertido, desde la perspectiva autárquica, en lugar estratégico de la economía española. El incremento de las plantillas, las jornadas superiores a las diez horas, la privación del descanso semanal y anual explicarían, según Piñeiro, los incrementos productivos de un sector que eludió a las dos primeras décadas del franquismo la modernización de los sistemas de explotación y del tejido productivo. Una represión intensa y ejemplarizante sobre la población de las cuencas mineras y una militarización de las relaciones laborales, en la que el abandono del trabajo era equiparado a «deserción», los incidentes, a «insubordinación», y los altercados, a «rebelión militar», se encargarían de aniquilar todo intento de resistencia obrera a la realidad impuesta por el Nuevo Estado, hasta la progresiva «normalización» de las relaciones laborales a lo largo de los años cincuenta.

Sin embargo, las medidas del régimen para incrementar la producción del sector no se limitaron al aspecto represivo expuesto. En los capítulos tercero y cuarto, Carda Piñeiro estudia la estrategia integradora del colectivo minero impulsada desde el Ministerio de Trabajo a través de medidas protectoras --el halago gironiano- y postula su total fracaso. Aquí, Carda Piñeiro desmonta el mito, aceptado incluso por parte de la historiografía antifranquista, que contemplaba a los mineros asturianos como el sector obrero mimado por el régimen. A través del análisis de las disposiciones legales, y de su incidencia real sobre los salarios y la nueva organización del trabajo, relativiza el efecto beneficioso de la legislación laboral y su pretendido carácter progresivo. Muestra también la incapacidad de la Organización Sindical para vehicular el más básico descontento minero y, en consecuencia, su escaso poder integrador.

Ante esta dura realidad, las actitudes de los mineros se centraron en los años cuarenta en la disminución voluntaria del rendimiento, la desidia laboral y el abandono del trabajo a la menor oportunidad, incurriendo en faltas graves de gran peligrosidad que ilustran su hostilidad hacia las condiciones de trabajo. Una hostilidad que se manifiesta en los años cincuenta, cuando las relaciones laborales comienzan a «normalizarse», en plantes y huelgas parciales y en el aprovechamiento de las escasas posibilidades ofrecidas por la estructura del Sindicato Vertical. Esto supone nuevas formas de actuación que

desembocan en un nuevo tipo de sindicalismo -que irrumpe en la huelga de 1962- bastante alejadas de las propuestas de las organizaciones políticas de oposición.

En los últimos capítulos de su libro, Piñeiro expone detalladamente las vicisitudes organizativas de socialistas y comunistas, sus análisis de la nueva realidad y sus propuestas, ahora, a partir de una extensa documentación facilitada en gran parte por fundaciones privadas. Muestra el aislamiento de los socialistas del mundo laboral y la cercanía de los planteamientos finales comunistas a la evolución sindical expuesta con anterioridad. Sin embargo, obvia, desgraciadamente, la evaluación explícita de si esta coincidencia final fue fruto de la instigación de la organización comunista o una adaptación a un proceso independiente.

En definitiva, a pesar de la desigualdad en planteamientos y resultados de los diferentes capítulos del libro, la obra de Piñeiro constituye una buena aproximación a la realidad obrera bajo el franquismo predesarrollista, a la voluntad de dominación social de éste y a los medios utilizados para conseguirla, frecuentemente olvidados por una historiografía centrada en el largo debate acerca de la naturaleza del franquismo y que ha priorizado las «denominaciones de origen» políticas y las disposiciones legales del «BOE», a menudo interesadamente seleccionadas.

Antonio Feo. Canales Serrano

GARRIDO GONZÁLEZ, Luis: *Riqueza y tragedia social. Historia de La clase obrera en La provincia de Jaén (1820-1930)*. Jaén, 1990. 4.º, 2 vols. 1205 pp.

Enjuiciar una tesis doctoral tan monumental y ambiciosa como la de Luis Garrido no resulta sencillo. Hay tal cantidad y variedad de fuentes utilizadas (debidas a su propia investigación o reelaboradas de otros autores), tal cantidad de sugerencias contenidas en su trabajo que es difícil no fascinarse por alguna de ellas y perder así el hilo central de su argumentación.

Por otra parte, sus anteriores publicaciones ofrecían la garantía de un investigador minucioso, muy riguroso y capaz de profundizar en planteamientos abiertos por él mismo. Asimismo, creo de absoluta justicia enfatizar las condiciones -malas condiciones objetivas- en que ha llevado a cabo su investigación: profesor de instituto sobrecargado de horas docentes, y renunciando quizá a muchas cosas para dar término a lo que comenzó hace años, bajo la dirección del que-

rido y malogrado A. M. Calero, en cuya línea de investigación se inscribe.

Una línea de trabajo pionera y rupturista respecto a la historiografía española tradicional, que tuvo en el profesor Tuñón de Lara a su principal impulsor, y en los Coloquios de Pau, la mejor vía de difusión en la España de los primeros setenta y de la que muchos nos sentimos deudores, aunque ciertos aspectos de su virtualidad explicativa de la realidad social española resulten hoy algo limitados.

El autor logra trazar un panorama bastante claro de una realidad compleja, cambiante y de larga duración como es la estructura social jiennense durante más de un siglo, imbricándola en una realidad económica, igualmente dinámica (probablemente más ralentizada de lo que se muestra en el libro), dominada por el enorme peso de la agricultura y, en menor medida, de la minería. Obviamente, ha de recurrir a otras investigaciones y autores, en ocasiones de forma demasiado pormenorizada que, quizá, podría haber resuelto mediante referencias bibliográficas aligerando así buena parte del texto. No es menos cierto, sin embargo, que aporta gran cantidad de material inédito o publicado en la época que resulta enormemente sugerente, como las impagables «Memorias» de los ingenieros agrónomos empeñados en la modernización de la estructura productiva provincial.

No menos interesante es el panorama de las diferentes realidades de las clases trabajadoras, rehuendo la típica -y tópica- historia del movimiento obrero que sólo acogería a un ínfimo porcentaje de esa clase. No obstante, la reiterada consideración de los jornaleros como «proletarios agrícolas», pese a responder a toda una línea de percepción de la realidad social agraria con amplia tradición académica, creo que contribuye escasamente a la comprensión de su práctica social y de sus formas de lucha.

En efecto, tal óptica de análisis parte de considerar al jornalero *únicamente* en términos de relaciones de producción, de salarización, siendo necesario -creo- retomar aspectos tales como su «cultura del trabajo», la racionalidad de su comportamiento y su práctica histórica conflictiva que son *específicamente campesinas*, esto es, basadas en un sistema de valores y de relaciones sociales (cimentadas en el parentesco, la vecindad, los vínculos de amistad y cooperación), enlazadas a las formas de producción campesinas cuyo objetivo fundamental es la reproducción y subsistencia del patrimonio del grupo doméstico, más que el beneficio. De este modo, en su práctica social establece toda una serie de estrategias de reproducción, resistencia y adaptación que configuran una conciencia de clase, en el sentido acuñado por E. P. Thompson.

Desde esta perspectiva, el campesinado sin tierra despliega un lenguaje organizativo y unas formas de lucha que no pueden ser anali-

zadas con idénticas categorías a las desarrolladas por la clase obrera industrial, en la medida en que se trata de unas concepciones más «éticas» y cercanas a la «Economía Moral de los Pobres», que «científicas», de la conciencia y práctica de clase. En efecto, el objetivo fundamental de su experiencia conflictiva es el libre acceso y uso de la tierra (más que su titularidad jurídica), ya que constituye el medio esencial de reproducción y subsistencia del grupo doméstico.

Así, el salario no es la única condición reproductiva del jornalero (especialmente, si sustituimos al individuo como unidad de análisis por el grupo doméstico). La desposesión de la tierra les ha impulsado a desarrollar estrategias de subsistencia que diversifican sus fuentes de ingreso: migraciones temporales, incluso dentro de los límites provinciales o andaluces, derecho de espiguelo o rebusca, la caza tantas veces furtiva o la reivindicación de los montes comunales (que continúa siendo una de las principales y constantes reclamaciones de la FNNT en los años treinta), como el lugar que proporciona combustible, calefacción, pasto y parte de su alimentación, etc.

Creo que esta línea de estudios campesinos es suficientemente sugerente y explicativa como para ser tenida en cuenta a la hora de analizar a los jornaleros, así como a pequeños colonos y propietarios y los procesos de diferenciación interna de una clase tan poco conocida como *incómoda*, pero que tanto peso ha tenido en Andalucía.

En conclusión, se trata de una obra de enorme interés e importancia para la comprensión de la historia social andaluza y, en esa medida (gran medida, creo yo) para ayudar a trazar la historia de las clases trabajadoras españolas. Un libro que hubiese sido definitivamente «redondo» (aligerado de apéndices o referencias geográficas que poco aportan) de no haberse acogido a la «benevolencia editorial» de una institución que no parece tener en cuenta las «exigencias del mercado».

Miguel Gómez Oliver

HEYWOOD, Paul: *Marxism and the failure of organised Socialism in Spain, 1879-1936*. Cambridge, 1990. 4.º 265 pp.

Comparado con el de otros países, el proceso de construcción de un sólido y riguroso conocimiento histórico ha estado rodeado entre nosotros de múltiples obstáculos. En poco más de dos décadas se han tenido que elaborar todo el conjunto de hipótesis, problemas y estudios empíricos con el que cuenta la actual historiografía española sobre la edad contemporánea. Y eso ha obligado a asimilar métodos y corrientes de otras historiografías más avanzadas, a producir nume-

rosas monografías regionales o locales y a acceder a nuevas fuentes; pero ha impedido a su vez -por falta de tiempo y tradición- la realización de trabajos de síntesis capaces de proporcionar visiones globales del pasado.

La historia del socialismo ilustra perfectamente esa realidad. Un campo de enorme producción bibliográfica, muy privilegiado en los últimos años por las instituciones públicas, y del que han salido excelentes historiadores, carece todavía de esa obra general que pueda ofrecer al lector en unos pocos cientos de páginas una interpretación sólida de su evolución en el tiempo. El libro de Paul Heywood llena en parte ese vacío y ese es de entrada uno de sus principales méritos. No es una historia del socialismo como movimiento social, ni penetra con profundidad en ese complicado mundo del entramado organizativo. Pero, a cambio, ofrece una explicación de la miseria teórica que rodeó al PSOE desde sus orígenes. O, dicho con palabras del autor, de su «deficiente comprensión tanto de la teoría como de la realidad».

No se trata, por consiguiente, de constatar que los pensadores socialistas españoles no han hecho ninguna contribución original al socialismo moderno--por utilizar la expresión de Araquistain- o de insistir en que Pablo Iglesias nunca leyó los trabajos originales de Marx y Engels, sino de desentrañar las raíces de la «profunda ambigüedad ideológica» que, en la cuestión primordial de la relación entre socialismo y democracia, caracterizó a ese partido hasta la guerra civil. Para llegar a comprender esa ambigüedad, Paul Heywood nos ofrece numerosas pistas. Unas proceden del análisis de los factores específicos a la variedad de socialismo que aquí arraigó. Otras derivan del contexto español, también peculiar, en el que emergió. De la conexión entre esos dos planos del análisis surge, por último, la estructura interpretativa que permite al autor demostrar el «fracaso» del PSOE como organización marxista y revolucionaria.

Aparentemente sus tesis no resulta demasiado complicada. Por un lado, al socialismo español le acompañaron desde el principio una serie de pecados que iban a marcar su historia. Los principales: la dependencia del socialismo francés, y de su distorsionada y mecánica interpretación del pensamiento marxista, que condujo a los primeros socialistas españoles a copiar medidas tácticas formuladas en respuesta a situaciones muy diferentes; la influencia del catolicismo y del krausismo, una «oscura» doctrina que conectaba la injusticia social a factores morales; la preocupación por cuestiones de organización más que por análisis teóricos y el «dominio intransigente» de Pablo Iglesias y su madridismo. Por otro lado, ese socialismo tuvo que enfrentarse, también desde sus orígenes, a un Estado represivo cuyo desarrollo reflejaba «la ausencia de una revolución burguesa-democrá-

tica desde abajo» y que a finales del siglo XIX había consolidado en el poder a una «coalición reaccionaria» entre una oligarquía política -integrada por la Monarquía, los terratenientes y la Iglesia- y una burguesía comercial e industrial políticamente débil. La ausencia de una teoría marxista coherente, divorciada además de la realidad política, llevó a los dirigentes socialistas españoles a enormes contradicciones: adoptaron una escrupulosa posición legalista en un sistema electoral dominado por la corrupción política y creyeron en esa «predicción fatalista» de una inevitable revolución proletaria en un país agrario. Así las cosas, no es extraño que el «fracaso» y la división final del PSOE fueran la culminación lógica de graves tensiones que siempre habían existido en su seno.

Todos esos argumentos aparecen expuestos con coherencia a través de una correcta combinación entre la narración y el análisis. El autor formula claramente sus hipótesis de partida, explica con precisión sus objetivos e incluso nos hace explícito -bueno es prevenir a los críticos- todo aquello que no entra en el mundo de sus intenciones. Que nadie crea, por consiguiente, que la miseria del marxismo del PSOE es el único factor que contribuyó a sus deficiencias tácticas y estratégicas o que una mejor teoría hubiera conducido automáticamente a una práctica política más correcta. Nos hallamos, como puede observarse, ante otro buen exponente de una tradición historiográfica -Ia de los hispanistas ingleses- que aúna con buenos resultados la capacidad de análisis con la ambición literaria y el rigor empírico con la reflexión.

Pese a esas sanas advertencias, por el libro se desliza, desde el título hasta su conclusión, un arriesgado apriorismo: creer que los partidos socialistas deben adoptar una auténtica teoría marxista y que sólo esa correcta teoría les proporciona una verdadera concepción de la revolución que puede conducirles a la victoria final. En realidad, parece tanto un problema de teoría y de estructura interna como de las condiciones en que los movimientos socialistas tuvieron que operar en la práctica. Hacer referencia, desde ese punto de vista, al fracaso del socialismo organizado en España significa ampliar ese discutible concepto al anarquismo, al republicanismo, al comunismo y a todos los «ismos» imaginables. Y si se hace un recorrido por el resto de los países capitalistas occidentales, la conclusión no es muy diferente: hasta la primera guerra mundial sólo una pequeña proporción de los obreros pertenecían a organizaciones políticas o sindicales y, en términos electorales, sólo en Alemania se había consolidado un influyente partido socialista de masas. La suerte de los diferentes movimientos socialistas -aniquilados algunos de ellos por el fascismo-- dependió, como se sabe, de otros muchos factores. ¿Por qué seguir

atribuyendo a la miseria teórica el supuesto fracaso del socialismo español? Y en cualquier caso, ¿cuál era el verdadero marxismo al que tenían que haberse agarrado?

Julián Casanova

HOBBSBAWM E. I.: *Nations and nationalism since 1780. Programme, myth, reality*. Cambridge, 1990. 4.º 191 pp.

Nations and Nationalism since 1780 es, seguramente, el libro más completo sobre el nacionalismo contemporáneo de que hoy se puede disponer. A la altura de unos conocimientos enciclopédicos largamente acreditados, E. J. Hobsbawm combina sabiamente el uso extensivo de material empírico que abarca los cinco continentes, al tiempo que trata de propiciar la reflexión teórica sobre un fenómeno histórico que sigue planteando graves problemas a los historiadores y demás científicos sociales. Así, el libro que comentamos representa un hito en los estudios sobre el tema, del mismo modo que en el pasado lo fueron las contribuciones de Carlton Hayes, Hans Kohn o el estudio de E. H. Carr para el *Royall Institute of International Affairs* de 1939. Como aquéllos, *Nations and Nationalism since 1780* se inscribe en una coyuntura historiográfica muy precisa, cuando por un lado las discusiones sobre el nacionalismo de los años setenta habían demostrado su escasa rentabilidad, mientras que los cambios políticos en Europa y en la URSS planteaban de nuevo, con renovada urgencia, la necesidad de nuevas visiones del problema. El libro de E. I. Hobsbawm trata de satisfacer estas expectativas, y en gran medida las colma, aunque se puedan hacer algunas observaciones y objeciones a su resolución de algunos aspectos.

El libro del profesor Hobsbawm se plantea menos como una indagación sobre el carácter o la naturaleza del nacionalismo, que como un estudio de los nacionalismos en su variedad y heterogeneidad. Como ya sugerimos, el libro rehúye la alambicada e inútil discusión teórica que caracterizó el debate internacional de los años sesenta, lo que no implica que la aportación del historiador inglés no se inscriba en una bastante precisa línea de interpretación del nacionalismo, algo que no puede ser una sorpresa para el historiador informado, puesto que Eric J. Hobsbawm ya había escrito muchas páginas sobre el tema, desde sus conocidos libros de divulgación hasta su debate como Tom Nairn y su contribución como autor y editor en *The Invention of Tradition* (1983), uno de los libros más influyentes de la historiografía de los últimos años. Es esta una línea que se aparta tanto del marxismo economicista de matriz estaliniana como de las interpretacio-

nes basadas de una u otra forma en la sociología funcionalista, y que trata de comprender el nacionalismo esencialmente como una creación política y cultural de las clases dirigentes en la época contemporánea, una creación de gran artificiosidad en la que los elementos lingüísticos, culturales, étnicos o raciales pueden adoptar funciones no siempre idénticas ni igualmente significativas. Artificiosidad y peligrosidad en la medida en que no es posible la construcción de una identidad separada sin la manipulación más o menos aberrante de factores de diferenciación que, en otro contexto o momento histórico, no tenían por sí mismos efectos separadores y de oposición entre el «nosotros» y el «ellos». Esta línea interpretativa prolonga de un modo bastante evidente la idea, ya sostenida por el autor, de la posibilidad de la «fabricación» de naciones, o su tajante respuesta a Tom Nairn en 1977 a propósito de su entusiasmo por la emergencia de un nuevo nacionalismo escocés, o, finalmente, su énfasis en el carácter *inventado* de tradiciones políticas o culturales inherentes a todo nacionalismo, aunque no sólo a ellos. En este último punto la posición de Hobsbawm se encuentra muy cerca de la de otro de los libros más influyentes sobre el tema en el mundo anglosajón, me refiero a *Imagined Communities* (1983) de Benedict Anderson. A pesar, sin embargo, del poco entusiasmo por el sujeto histórico estudiado, *Nations and Nationalism since 1780* es un producto historiográfico bien escrito, erudito en el uso del material empírico y las referencias comparativas, y repleto de análisis sugestivos.

Por todo ello, este libro se convertirá en un excelente manual universitario en los próximos años, su capacidad de penetración y la riqueza comparativa a la que nos referíamos le condenan a ello. En este libro el lector interesado encontrará, en su primera parte, una amplia discusión sobre los fundamentos del nacionalismo contemporáneo, con especial atención y énfasis en la interacción entre las formas de actuación abiertas por la Revolución francesa y el ascenso del liberalismo, de un lado, y las complejidades de lo que el autor define como «popular proto-nationalism» en el otro polo de la práctica social. La parte central del libro se ocupa de la etapa de madurez del nacionalismo. En el cuarto capítulo se estudia el momento de consolidación de las estructuras del nacionalismo, así como la generalización de las aspiraciones nacionalistas, todo ello en el período 1870-1918. La lucha de los pequeños nacionalismos y las relaciones entre el proceso de descolonización y la emergencia de los nacionalismos en las antiguas posesiones coloniales, en definitiva el lugar de los nacionalismos en los grandes procesos políticos y los conflictos bélicos en y fuera de Europa, se trata en el capítulo quinto. El libro se cierra con unas consideraciones finales sobre el nacionalismo a fines

del siglo XX. En ellas, Eric I. Hobsbawm postula la pérdida de entidad creadora del nacionalismo, en la medida en que está tendiendo a convertirse más en una reacción defensiva que no en una proyección hacia el futuro. Al final, retomando el hilo de los comentarios iniciales, la posición del autor se precisa con una enorme claridad: el nacionalismo fue en el pasado un factor de creación histórica de los espacios de articulación política y económica de las sociedades modernas, primero en Europa y más tarde en otros continentes. Su función histórica, definida en estos términos, está agotada. Si en el pasado, por tanto, el nacionalismo fue un factor adjetivo y contingente, pero operativo en el contexto del desarrollo del capitalismo, en la actualidad sólo su ropaje pervive para alimentarse y alimentar el resentimiento entre los grupos humanos. Su peligrosidad va a la par de su obsolescencia. La discusión está servida.

Josep M.a Fradera

JULIA DfAZ, Santos: *Manuel Azaña. Una biografía política, del Ate-
neo al Palacio Nacional*. Madrid, 1990. 4.' 506 pp.

Parece que los aficionados a la biografía histórica vuelven a estar de enhorabuena en España. Como respondiendo al llamamiento escuchado hace tres años en los Encuentros sobre Tendencias en Historia de la Universidad Menéndez y Pelayo, diversos estudiosos se han puesto a la tarea de esclarecer la personalidad y trayectoria de destacados personajes de la historia política contemporánea, en especial del primer tercio de este siglo.

La última obra de Santos Julià se presenta en completa sintonía con este ambiente. Nada de disquisiciones acerca de su pertinencia; ni introducción, ni observaciones al respecto en el cuerpo del texto. Cierto es que el profesor Julià ha tenido siempre especial cuidado en descargar sus narraciones históricas (por ejemplo, «Madrid, 1931-1934») de reflexiones teóricas o metodológicas; pero en este caso cuesta creer que no sea una implícita declaración de respeto por las convenciones del género la que determina la presencia soberana de un relato ceñido por criterios cronológicos en tal medida que el autor parece haberse tropezado con su personaje protagonista en un punto determinado del tiempo (su elección como secretario del Ate-
neo) y haberle abandonado sin más consideraciones al final del trayecto propuesto (su nombramiento como presidente de la República). No es esta la única característica del libro que obedece a la opción previa. También a ella remiten el lineal suceder de los acontecimientos relatados o la articulación de los mismos en torno al pun-

to de vista del propio Azaña. Todo lo cual, naturalmente, condiciona el sentido y la capacidad explicativa de la obra, planteando problemas teóricos de cierta importancia (la relación sujeto-objeto, la selección de la realidad históricamente relevante) y otros, tal vez de menor calado, pero no por ello menos inquietantes para el lector (el riesgo, señalado en otro lugar por el profesor Julià, de hacer creer que la historia la hacen los individuos, especialmente los situados en posiciones de poder). En todo caso, ni hay espacio ni es este el lugar para entrar en tales consideraciones, y se hace preferible recomendar la lectura admitiendo las reglas del juego escogido.

Con esa advertencia, «Manuel Azaña. Una biografía política» satisfará con creces a quien quiera saber de la trayectoria pública del intelectual alcalaíno de acuerdo con la documentación disponible y con la conducción de uno de los mejores conocedores de la época.

El material documental sobre el que descansa la obra es el ya conocido por la excelente edición de Juan Marichal, en especial los discursos y el tomo IV («Memorias políticas y de guerra»), que han servido de base no sólo para los estudios sobre Azaña aparecidos desde entonces, sino también para las selecciones y reediciones de textos, como la de Grijalbo o la de Alianza Editorial, a cargo de Federico Jiménez.

En cambio, Santos Julià introduce materiales procedentes del fondo de Gobernación del Archivo Histórico, y otros de similar procedencia, que sirven para reconstruir minuciosamente los episodios «delictivos» de Azaña, en especial todo lo relacionado con su participación en los sucesos de octubre de 1934. También se recurre a los testimonios de terceros: las memorias de Alcalá Zamora, Lerroux, Gil-Robles, Largo Caballero o Martínez Barrio, así como las actas de la Ejecutiva del PSOE, conservadas en la Fundación Pablo Iglesias y algunas cartas consultadas en el archivo familiar. Si bien ninguno de estos textos aporta novedades de relieve, sirven al autor para terminar de deshacer algunos malentendidos, subrayando la discutida iniciativa de Azaña en episodios como la formación del Frente Popular o su elevación a la Jefatura del Estado.

Es, por consiguiente, la labor de selección, exposición e interpretación del profesor Julià lo más relevante de su libro. Y eso que, como queda dicho, el historiador procura en todo momento desaparecer tras los documentos y la voz del personaje, provocando curiosos momentos de identificación retórica entre uno y otro, a los que contribuye el empleo discrecional del estilo indirecto libre. Sólo de cuando en cuando se toma distancia de los acontecimientos, abriendo balance de los temas políticos considerados fundamentales por el consenso historiográfico --que a veces, como el autor señala, para Azaña no

lo fueron tanto-: el problema militar, la Reforma Agraria, la autonomía catalana, la cuestión religiosa. El análisis de Santos Julià brinda en esos puntos penetrantes observaciones que, no obstante, dan la sensación de paréntesis o notas al pie de página, justamente porque es la lógica de la narración, y no la de la argumentación histórica, la dominante. Cuando la segunda se integra en la primera, el lector encuentra los pasajes más valiosos del libro. Así, por ejemplo, Santos Julià muestra convincentemente la arquitectura del concepto de «revolución popular», tan grato a Azaña, o la génesis de un liderazgo carismático que él mismo terminó por asumir; también encierra gran interés el subrayado de algunos de sus recursos preferidos en la estrategia política, como fue la habilidad para expresar en fórmulas radicales las posiciones más conciliadoras.

Lo que ocurre es que en no pocos pasajes de «Manuel Azaña. Una biografía política», es la argumentación del personaje, y no la del historiador, la que se impone. En estas condiciones, los riesgos para el historiador crítico son manifiestos y Santos Julià tal vez no haya escapado a todos ellos. Los antagonistas de Azaña «se enfrentan» a él en clara desventaja; Lerroux o Alcalá Zamora son más bien la imagen que tiene de ellos, sus argumentos sirven para reforzar los del antiguo ateneísta, como en la crisis de septiembre de 1933, en la que Azaña defendió posiciones escasamente consistentes. Las líneas maestras de la trayectoria azañista se dibujan a costa de contradicciones internas del discurso, difícilmente se puede sostener la permanencia de un mismo esquema de gobierno durante el primer bienio con el simple razonamiento de su mayoría en el Parlamento (hasta el punto de identificar con la lógica golpista la constatación de su pérdida de respaldo en la opinión pública) y calificar luego de «oprobio» las maniobras destinadas a encontrar otra combinación parlamentaria (aunque fueran «ante unas inocentes tazas de té», como en julio de 1933); por no hablar de la apelación a una amplia gama de recursos extraparlamentarios por parte de Azaña a que dio lugar la indeseada composición de las Cortes tras las elecciones de noviembre. Claro que Lerroux o Alcalá Zamora cuentan, al menos, con la ventaja de haber sugerido respuestas; otros protagonistas, como la CNT, se ven relegados en el relato al silencio, como lo fueron en la mente de Azaña, y el historiador se preocupa tan sólo de encontrarles explicación no como sujetos, sino como hechos dados, resultado de determinadas condiciones (algunas, anteriores a la coyuntura republicana y no analizadas; otras relacionadas con la crisis económica y el desempleo).

Es por todo ello que el libro corre el riesgo de ser mal recibido tanto por los partidarios de una historia social, estructural, argumentativa y teóricamente orientada, como por los reivindicadores del re-

lato biográfico, para quienes podría ser «no lo bastante objetivo»-en el caso de los más simplistas-, «no lo bastante narrativo» o carente de requisitos tan acreditados en la biografía al uso como la psicología (es sorprendente la falta absoluta de referencias al entorno familiar), el análisis semiológico o un cierto grado de empatía (al que el profesor Julià ha renunciado sin componendas, situando la historia en ese averno sin profundidad donde las cosas pueden ser penetradas por la inteligencia, pero no rodeadas por la sensibilidad, en palabras del propio Azaña). Pero también es probable que un importante número de lectores interesado en descubrir la tensión entre un contexto histórico y un hombre capaz de modificarlo (tensión que ha encomiado un historiador poco sospechoso como Georges Duby para defender el género biográfico) celebre la nueva devoción de Santos Julià que, además de demostrar amplio dominio de la documentación existente sobre Azaña, tiene más que acreditado su conocimiento del contexto en el que actuó. Sin duda, ha conseguido describir una personalidad, huyendo del socorrido recurso al «fatum» que ha caracterizado anteriores y dispares acercamientos a Azaña, como los de Giménez Caballero, Sedwick o Aguado. Y es que malo sería para un biógrafo reconocer, como hizo el último de los mencionados, que la vida de Azaña «se cuenta en dos páginas y sobra espacio».

Manuel Ardid Lores

LANNON, Frances: *Privilegio, persecución y profecía. La Iglesia católica en España, 1875-1975*. Madrid, 1990.4." 324 pp.

Quizá el mejor elogio que se puede hacer del libro de la historiadora británica, es que viene a llenar un «vacío», al presentar una visión de conjunto, bien redactada y cargada de sugerencias sobre «el mundo católico y su influencia sobre la cultura, la sociedad y la política», pues en ningún momento pretende escribir la historia interna, institucional, de la Iglesia española contemporánea. Un talante y una mentalidad muy concretas, posconciliar y autocrítica, subyacen a lo largo del estudio, marcando decisivamente el análisis y, sobre todo, la valoración del papel jugado por el catolicismo en la vida política española del siglo XX. Sentado, pues, el gran interés y utilidad del libro, tanto para el lector aficionado como para el especialista, lo que aquí nos importa es valorarlo como *reflejo de un cierto nivel de desarrollo de la historiografía sobre la Iglesia y el catolicismo español contemporáneo*.

El libro se estructura en dos partes bien distintas, igualmente interesantes, pero de un valor historiográfico diferente, en función, pre-

cisamente, de la distinta base investigadora sobre la que se apoyan.

En la primera parte del libro, *el mundo católico*, se ofrece una visión de conjunto de la España católica, a través de tres grandes temas: la religiosidad (piedad y práctica religiosa), la cultura católica (valores dominantes) y los «profesionales» (religiosos y curas diocesanos). Es excelente el capítulo dedicado a los religiosos, y su labor educativa y benéfico-asistencial, tema central en la investigación de la propia autora (que estudió en su tesis el caso de Bilbao). Especialmente acertado me parece el estudio de las formas de reclutamiento y extracción social de vocaciones por parte de las distintas congregaciones. Así como el planteamiento de los factores que explican el enorme auge de las congregaciones religiosas, especialmente femeninas, en la España de la Restauración. Es en esta primera parte del libro donde se aprecian mejor las virtualidades y riesgos que implica la adopción de un marco cronológico amplio, entre las dos restauraciones borbónicas (1875-1975). En muchos casos la perspectiva reciente (los últimos cambios producidos por el impacto del proceso de secularización y la influencia del Concilio Vaticano), ayudan a entender mejor, por contraste, la Iglesia de Cristiandad de la Restauración y del franquismo, o el auge y decadencia de los religiosos, etc. Sugerente, aunque algo arriesgado, resulta, por ejemplo, el análisis del nacional-catolicismo, como continuidad y culminación de la nostalgia integrista de los católicos de la Restauración. Pero, en otros casos, como en el estudio del clero o el de la práctica religiosa, la escasez o ausencia de investigaciones de base obliga a centrar las referencias, bien en la época moderna (los estudios sobre religiosidad popular), bien en la época conciliar y posconciliar (los estudios de Duocastella sobre sociología religiosa, el clero, etc.), con el riesgo de generalizar o extrapolar esos análisis a otras épocas insuficientemente investigadas.

En la segunda parte, *la política católica*, destacan sobre todo los capítulos dedicados al estudio del catolicismo social y la acción católica, y a los conflictivos años treinta, II República y guerra civil. Me parece un acierto integrar en un mismo capítulo el estudio de dos realidades que habitualmente se han presentado de forma demasiado separada: catolicismo social y acción católica. Por lo demás, siguiendo una tradición historiográfica muy arraigada, el análisis y la valoración, muy crítica, del catolicismo social y la acción social católica, se hace casi exclusivamente desde la perspectiva de su eficacia social, sin tener en cuenta apenas otras perspectivas o criterios acaso más acordes con los verdaderos objetivos del catolicismo social: la recristianización, el impulso de la reforma social desde el Estado (legislación social y administración laboral).

En cuanto a la siempre polémica cuestión de la incidencia del factor religioso en el fracaso de la II República y en el estallido de la guerra civil, la autora subraya la responsabilidad de la propia Iglesia por encima de la de los gobiernos republicanos. La posición de la Iglesia frente a la República es anterior a la Constitución y a las medidas laicistas. Es, por lo demás, la consecuencia lógica de una línea de enfrentamiento al mundo liberal, que sustancialmente, no habría variado desde el inicio de la Restauración. Se trataba, pues, de un antagonismo inevitable. En este contexto, el accidentalismo (o posibilismo) de la Jerarquía y de algunos sectores católicos, queda bastante relativizado. Ese accidentalismo no implica en ningún momento fidelidad a la República.

Buenas investigaciones con sólida base documental (el Archivo Vidal, el de Gomá, el libro de Marquina, los libros de H. Ragner), posibilitan la síntesis que Lannon ofrece de la posición católica durante la guerra civil. La identificación de la gran mayoría del Episcopado y de la mayoría de los católicos, con el bando nacionalista al que ofrece, a posteriori, la mejor cobertura ideológica, no queda rebajada por la expresión de algunas actitudes individuales excepcionales, o de los catolicismos catalán y vasco, que por razones obvias, no comparten un elemento esencial del ideario nacional-católico. Uno de los objetivos declarados del libro era precisamente ofrecer una visión diferenciada, regional, del catolicismo español.

El capítulo final, «hacia la modernidad», que se dedica al estudio del período franquista, adolece, mucho más que otros, de la ausencia de investigaciones. Se parte de una buena síntesis introductoria como es el libro de G. Hermet, pero otras referencias son demasiado coyunturales, y algunas publicaciones muy recientes son quizá posteriores a la redacción del libro de Lannon. Una buena parte de este capítulo se dedica, muy elogiosamente, al papel jugado por la Acción Católica especializada en la crisis del franquismo, y en el cambio de actitud de la Iglesia institucional en relación con el régimen. Esa referencia a la función «tribunicia» que desempeña la Acción Católica especializada, durante el franquismo, es lo que justifica la inclusión del concepto profecía en el título del libro. Pues la historia del catolicismo español, aquí sintetizada, revela una situación prolongada de privilegio, sólo interrumpida breve, aunque intensamente, en los años treinta, por la persecución.

Feliciano Montero

NADAL, Jordi, y CARRERAS, Albert (coord.): *Pautas regionales de la industrialización española (siglos XVIII y XIX)*. Barcelona, 1990. 4." 437 pp.

Se trata de un volumen colectivo que recoge las ponencias presentadas al curso que, con el título *La industrialización española (siglos XVIII y XIX). Pautas regionales*, se celebró en la Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, Palacio de la Magdalena, Santander, en el verano de 1987. La estructura del libro se articula en una introducción, a cargo de uno de los coordinadores, tres apartados, que recogen las diferentes monografías regionales, agrupadas mediante un criterio geográfico en España Atlántica, Interior y Mediterránea, y un epílogo, sobre la acción regional del INI. La obra representa una línea de continuidad con respecto a una veterana tradición historiográfica, que se ha visto no sólo renovada, sino también reforzada, en los últimos años. De tal manera, que el prologuista puede afirmar con razón que «sí no mellizo, este libro es hermano muy próximo del que, con el título *La economía española en el siglo XIX. Una perspectiva histórica* (...), fue publicado en 1987».

En los postreros tiempos del franquismo iniciaba el profesor Nadal una línea de investigación que tomaba como objetivo el estudio de la industrialización española. El peso de dos grandes condicionantes, la tradición intelectual vigente en este campo de estudio, de raigambre foránea, y, aunque en menor grado, las características preocupaciones político-ideológicas vigentes en los ambientes académicos de la España del momento, de tan notable incidencia en la tarea del historiador, quedó bien reflejado en la metodología y orientación de sus trabajos. Pero hay que destacar el hecho de que Jordi Nadal, convertido en uno de los más veteranos investigadores en el campo de la industria, ha sabido recoger las diferentes y cambiantes sensibilidades con las que el tema se ha ido enfocando a lo largo de las últimas décadas y con amplio espíritu universitario las ha difundido personalmente o ha orientado a otros para hacerlo, renovando de esta manera el panorama nacional.

El libro de Landes, *Prometeo liberado*, aparecido a fines de los sesenta reflejaba bien el ambiente de confianza derivado de la fase de desarrollo y prosperidad característico de aquellos momentos; la industria era considerada el motor del progreso económico; el instrumento destinado a liberar a los pueblos de las cadenas de la pobreza. La máquina de vapor y la fábrica, el textil (algodón) y la siderurgia aparecían como los elementos genuinos representantes del milagro. En ellos había, pues, que centrar el interés del estudio. Pero la nueva

etapa abierta en la economía mundial a partir de 1973 comenzó a hacer variar el panorama. La crisis industrial puso en evidencia el excesivo optimismo que había presidido aquella conceptualización. Las grandes empresas, antes símbolo del progreso, eran ahora las primeras víctimas de la crisis. Perdido el sentido rupturista, paralelamente se inició una mirada al pasado, a la manufactura tradicional. En este contexto revisionista surgió el libro de Maxime Berg, *La era de las manufacturas*, iconoclasta con respecto a la valoración clásica del modelo británico y su protagonismo a la hora de explicar la industrialización, planteando sobre nuevas bases el crecimiento económico. La atención se dirigía a otros sectores, que también sufrieron un proceso de transformación. El mismo Landes terminó asumiendo, en su trabajo sobre la industria relojera suiza, estos planteamientos.

En el plano nacional, el libro de Nadal, *El fracaso de la revolución industrial en España*, aparecido en 1975, se movía en aquella idea del *Prometeo*. El propio título no sólo avisaba del contenido, sino que también reflejaba el estado anímico vigente en la percepción de la realidad nacional, dominante en amplios círculos académicos. Sin embargo, esta visión fue poco después rectificada: la modernización no depende sólo de la máquina, ni se centra en los dos sectores tradicionales. Este nuevo enfoque se fue abriendo paso lentamente, pero de manera firme. Nada más iniciarse la década de los ochenta, en 1981, Tortella en el capítulo que dedicó a la industria en la *Historia de España* que coordinó Tuñón de Lara afirmaba que «fascinados, quizá excesivamente, por el caso inglés, por el algodón y la siderurgia, los historiadores de la economía española en el siglo XIX prestamos de ordinario poca atención a otras industrias que quizá (...) tuvieran más importancia de la que se les venía dando». Diez años después de la aparición de aquella obra de Nadal comenzó la revisión, que éste no sólo asumió, sino que además potenció. De esta forma se inició, con paso decidido, la tarea: estudio de todos los sectores, dando a cada uno el peso que le correspondiese. Aceptada la existencia de otras industrias, de muy variada localización espacial, había que sacar el estudio de la industrialización de sus tradicionales reductos vasco y catalán.

Decidido el camino a seguir, el primer asunto a resolver era cómo emprenderlo. Había que vencer un cúmulo de dificultades. La información estadística disponible en España sobre la industria con anterioridad a 1950 era reducida y dispersa (de «desierto estadístico», habla Carreras). Sin embargo, en el ámbito fiscal se disponía de un notable corpus documental, amplio en el contenido, aunque de discutible fiabilidad: las Estadísticas de la contribución Industrial y de Comercio. Como ocurriera con una documentación paralela, pertene-

ciente al ámbito de la contribución rústica y pecuaria, tras una fase de rechazo, por sus evidentes limitaciones se ha llegado a su casi universal aceptación, ante la falta de otras fuentes que permitan estudios comparativos por sectores y, sobre todo, como es la actual tendencia, por regiones. Fue en 1987, en el libro *La Economía Española en el siglo XX* cuando el profesor Nadal utilizó por primera vez, con carácter general, aquellas cifras. A partir de ese momento de una forma u otra todos los investigadores, menos, por razones obvias, los vascos (provincias exentas), las usan. La labor de magisterio en este campo del profesor Nadal, verdadero motor de arrastre de los estudios sobre la industrialización en España, secundado desde hace varios años por Albert Carreras, es innegable.

En última instancia, el contenido del libro que comentamos hay que ponerlo, también, en relación con los cambios que se han venido produciendo en la historiografía española en la década de los ochenta. Porque, la revisión de planteamientos ha afectado a muy diversos ámbitos del panorama nacional. Esta revisión pasó por una nueva lectura de situaciones traumáticas para las que los adjetivos «fracaso», «frustración», «ocasión perdida», eran de aplicación constante. No sólo se han revisado los términos, sino que también se han perfeccionado los conceptos y matizado las valoraciones.

Fiel a la descentralización característica de estos tiempos, el trabajo concede igual importancia a los grandes focos de la industria nacional (Cataluña, País Vasco, Madrid) que a aquellos otros ámbitos territoriales sobre los que poco o nada se sabía hasta ahora. Los datos de la contribución industrial son el hilo que permite que el enfoque regional no se quede, como se aclara en el prólogo, en la auto-complacencia localista. Porque uno de los protagonistas destacados del libro son las fuentes y dentro de ellas especialmente aquellos datos. El recurso al Registro Mercantil aparece también como altamente operativo; su explotación sistemática se postula como vía eficaz. Estos aspectos hacen al libro doblemente útil, por lo que se dice y, sobre todo, por lo que se sugiere.

Dentro de sus características comunes, los estudios incluidos en el volumen, de un notable interés conjunto, presentan, sin embargo, como no podía ser de otra forma, un contenido y estructura variables. En este sentido se pueden individualizar tres tipos de análisis: a) síntesis sobre aquellas zonas de las que tradicionalmente se ha conocido su importancia industrial, que tienen abundante bibliografía, lo que permite disponer no sólo de información, sino también de sólidas hipótesis explicativas (Cataluña); b) aportaciones novedosas sobre algunas comarcas, la evolución de cuyo nivel de industrialización era desconocido más allá de limitadas aportaciones locales (la

mayoría: Cantabria, Murcia, etc.); c) revisiones críticas de los planeamientos tradicionalmente aceptados sobre ciertos enclaves industriales, que si bien disponen de una abundante nómina de sólidos estudios, esta solidez no supone unanimidad en la interpretación de las causas de los fenómenos (País Vasco y Valencia).

El uso de los datos de la Contribución Industrial permite resolver algunos de los interrogantes, pero no todos. En este sentido, aun aceptando por buenas las cifras fiscales (a partir de 1900 con la creación del impuesto de utilidades su uso resulta más complicado), la falta de datos fiables para el siglo XIX sobre el PIB impiden valorar la aportación real de estos nuevos sectores. Por ello son de agradecer los esfuerzos que hace Albert Carreras, en su capítulo introductorio sobre fuentes, para precisar los valores disponibles, sobre el PIB regional, procedente, básicamente, del trabajo de Roberto Alvarez.

En ciertos trabajos, la base documental queda prácticamente reducida al empleo de las cifras de la contribución, acompañadas de algunos datos parciales, «biografías» de determinados centros industriales, individualizados por su potencia, que, además de destacar en el contexto ha dejado abundantes restos documentales. Otros, por el contrario, muestran tras de sí sólidas investigaciones de base en el mundo de la manufactura tradicional (caso de Carmona y su estudio sobre la crisis del textil gallego). Aportación polémica puede considerarse la de Escudero sobre Vizcaya (con acierto no se considera al País Vasco como un todo industrialmente uniforme), en la que matiza la teoría tradicional que ligaba estrechamente el esplendor industrial al desarrollo del sector minero. Aquí se sostiene que la notable acumulación de capital que originó la minería no se desvió de forma mecánica a la industria. Si bien las potencialidades del mineral férrico atrajeron capitales heterogéneos, el grueso de las inversiones no se originó en las minas. El trabajo de Nadal sobre Valencia, ya veterano, es también revisionista. Atribuye la interpretación tradicional, que habla de fracaso, a un excesivo mimetismo con respecto al modelo británico. Como era de esperar, el caso catalán aparece sólidamente documentado, tanto en los hechos como en sus fundamentos explicativos. En la mayoría de las regiones estudiadas domina una especialización en ciertos sectores productivos, entre los que destaca la industria alimentaria, de tradicional protagonismo, que conoció, hasta la actualidad, un constante proceso de renovación.

Fernando Sánchez Marroyo

NIPPERDEY, Thomas. *Nachdenken über die deutsche Geschichte. Essays*. Munich, 1990. 4.º 285 pp.

Thomas Nipperdey es profesor de historia contemporánea en la Universidad de Munich y, dentro de la línea de la historia social alemana, ha escrito principalmente sobre su país en el siglo XIX, aunque, cosa no muy común, se trata de un historiador muy versátil. Esta capacidad para abordar períodos cronológicos y temáticas muy diversas, siempre desde el punto de vista del contemporaneísta, se pone en evidencia en la obra que presentamos, donde se han reunido una serie de ensayos que tienen origen, en su mayoría, en conferencias pronunciados entre 1978 y 1985. No obstante, y ello está ya en la intención del autor, puede establecerse fácilmente más de un nexo común entre los diferentes ensayos, hecho que da al libro una clara unidad. Quizá a aquellos que no lean alemán les será útil que les traduzca el título del libro, puesto que resulta explícito para definir su contenido. Se trata de un conjunto de «Reflexiones sobre la historia alemana» en las que el autor aborda, por una parte, los fenómenos que considera básicos de ésta, y por otra, los problemas más importantes que le plantea. Sin embargo, las intenciones de Nipperdey no se limitan a su propia reflexión, sino que, como dice en su epílogo, su objetivo es hacer reflexionar al lector. Ello hace que el libro resulte útil, no sólo para introducirse de una manera directa en los métodos y planteamientos teóricos y temáticos más destacables de la historiografía alemana contemporánea, sino también para suscitar nuevas cuestiones sobre nuestra propia historia. Así, no extrañará que muchas de las conferencias hayan sido elaboradas, en primera instancia, para un público no alemán, aunque a ello también contribuye algo que es propio de la historia social alemana, su voluntad comparativa a nivel europeo. Otro elemento común a todos los artículos del libro es el esfuerzo del autor por introducirnos en los conceptos que más a menudo emplea la historia social alemana: es el concepto de *modernización*, con todo lo que engloba, el que da unidad al libro. Por otro lado, el interés del autor en ser riguroso desde el punto de vista teórico no va en detrimento de la inteligibilidad de los textos. Hay que destacar que estos están perfectamente estructurados, cosa que facilita de manera importante su lectura. De hecho, es el mismo autor quien nos advierte que no están destinados necesariamente a un público de historiadores, aunque sí a gente con «ganas de pensar» y con «ganas de historia».

A pesar de estos elementos comunes, hemos hecho referencia ya a la diversidad temática y cronológica de los artículos. El autor de-

dica dos ensayos, el que empieza y el que termina el libro, a reflexionar sobre la historia como ciencia, afrontando, en uno de ellos, un tema ya largamente discutido por los historiadores, el de la objetividad en historia, y en el otro, un tema muy atrevido, el de la «utilidad y desventajas de la historia para la vida», donde, dicho de manera muy sintética, analiza el papel de los diferentes conceptos de historia a lo largo de ésta y aboga por la necesidad de su presencia, entendida como un proceso de curiosidad, escepticismo y herencia, en la vida cotidiana para que la humanidad tenga un futuro digno.

De los trece ensayos que constituyen el libro podría pensarse, precipitadamente, que dos de ellos, uno centrado en la Edad Media, y el otro, en el período de la Reforma luterana, se encuentran, a causa de su marco cronológico, fuera del interés del contemporaneísta. Desde mi punto de vista, y también desde el del autor, eso sería un error. Es Nipperdey, que se define como un contemporaneísta, el que justifica su intromisión en el pasado más lejano porque cree que analizándolo desde su perspectiva puede darnos también importantes claves para entender la historia contemporánea. En ambos casos el autor busca en el pasado las bases de la «modernidad» occidental, la herencia del pasado en el mundo moderno.

De todas maneras, Nipperdey dedica un ensayo entero al problema de la modernización, que entiende como el enorme proceso de transformación económica, social, cultural y política que desde la doble revolución de finales del siglo XVIII -la revolución industrial y la revolución democrática- se ha producido, en primer lugar, en la esfera europeo-atlántica y después en otros lugares del mundo. Aunque el autor se manifiesta favorable a la operatividad del concepto, no elude los problemas que presenta su utilización. En el artículo analiza las condiciones, el proceso y la crisis de la modernización haciendo referencia en este tercer punto, cómo no, al problema del nacionalsocialismo alemán.

Junto a éste, es el largo artículo que el autor dedica al papel del federalismo en la construcción del Estado alemán el que más llama la atención. En él el autor analiza en profundidad los diversos conceptos de federalismo que se entrecruzan a lo largo de la historia alemana; las interrelaciones que se establecen entre federalismo, centralismo, modernidad y tradición, y, por último, nos da las claves para interpretar el modelo federal adoptado por la «Bundesrepublik Deutschland» después de la segunda guerra mundial.

En el resto de artículos, centrados en aspectos más concretos de la historia alemana contemporánea, se analizan, entre otros, cuestiones como el nacionalismo, el tratamiento del tema del nacionalsocialismo en la historia, y uno de plena actualidad, la unidad alemana en la perspectiva histórica.

En resumen, un libro posiblemente discutible en algunas de sus afirmaciones y planteamientos, pero muy audaz y extremadamente sugerente.

Concepció Janué i Miret

PÉREZ PICAZO, M." Teresa: *El Mayorazgo en la Historia Económica de la Región Murciana, expansión, crisis y abolición (s. XVI-XIX)*. Madrid, 1990. 4.º 256 pp.

Cuando se acomete el estudio de un fenómeno de larga duración, el historiador se ve tentado a diluir a los hombres en el seno de las estructuras y a identificar sus comportamientos con las normas (jurídicas o morales) que las modelan y sustentan. Sin embargo, los individuos y los grupos sociales no son prisioneros del destino, sino que como sujetos de su propia historia desarrollan «estrategias» -según el concepto de Bourdieu- para el logro de sus específicos intereses, dentro de las «reglas del juego» o mediante su manipulación. Por ejemplo, construcciones jurídicas como el mayorazgo, las formas privadas de apropiación e incluso la propiedad son producto de estrategias que determinados grupos sociales implementaron en orden a reproducir sus relaciones sociales.

Cuando el hombre sustituyó las formas tradicionales de apropiación de los recursos (que aún no significaban cambios sustanciales en los ecosistemas) por la manipulación de los mismos, dando lugar a la generalización de las prácticas agrícolas y ganaderas, surgió la necesidad de asegurar el usufructo para las generaciones futuras. La circulación de los derechos sobre la tierra dejó de realizarse por medio de la simple pertenencia a la comunidad y comenzó a hacerse por las líneas de filiación del grupo doméstico. La herencia y el matrimonio aparecieron, entonces, como instrumentos al servicio de estrategias específicas de reproducción social, constituyendo el mayorazgo una de sus piezas fundamentales. Este, que es el punto de partida y argumento principal del trabajo de M." T. Pérez Picazo, se encuentra perfectamente enmarcado en el interés de las clases feudales europeas por mantener «al abrigo del comercio y de las reglas de libre disposición una parte considerable del suelo», cuando sobre él se desarrollaban actividades fundamentalmente agrícolas.

y en efecto, el mayorazgo o la vinculación es parte de un conjunto de prácticas reproductivas, regidas por una estrategia maximizadora que tiende a la selección y establecimiento de una línea hereditaria clara y reglamentada en torno a la cual se organizan las políticas hereditarias y matrimoniales para el resto de la descendencia. La

tierra y el conjunto del patrimonio se le entrega a uno de entre todos los posibles herederos para garantizar con ello la unidad e indivisibilidad del patrimonio, lo cual permite mantener el estatus económico y político. El matrimonio no sólo sirve, entonces, para «colocar» a las hijas y a los segundones, sino también para incrementar, si se puede, el patrimonio. Matrimonio y herencia son, pues, dos herramientas complementarias que buscan maximizar los recursos patrimoniales y las ventajas sociales.

La autora, que pasa revista al proceso de expansión de la institución vincular a lo largo de los siglos XVII y XVIII (Caps. II y III) llega a una conclusión básica, el mayorazgo contribuyó eficazmente a la ralentización del crecimiento durante toda la Edad Moderna, debido a que trajo consigo un bloqueo del mercado de la tierra, una insuficiente inyección de capitales en el proceso productivo y, finalmente, una estructura patrimonial escasamente racionalizada. Frente a las posiciones de Clavero y Donézar, quienes basándose en el carácter estrictamente jurídico del mayorazgo, creen que la institución no tuvo nada que ver en la Crisis del Antiguo Régimen, Pérez Picazo avala (Cap. IV) la tesis tradicional de los ilustrados como Jovellanos al considerarlo como uno de los factores más importantes del estancamiento agrario.

El análisis, quizá muy centrado en su vertiente económica, resulta deudor de un cierto enfoque optimista de la historia que se materializa en la creencia de que el crecimiento económico es siempre positivo y deseable; la desaparición del mayorazgo, con la revolución liberal, tuvo que hacer posible la «liberación» de las fuerzas productivas y suponer un nuevo salto adelante en la cadena evolutiva; pero quizá categorías como beneficio, capital, inversión, etc., resulten de imposible aplicación a situaciones históricas en las que los individuos no operan con conceptos contables.

Qué duda cabe, desde la óptica de la autora, el mayorazgo tuvo una connotación negativa. No obstante, el trabajo aporta suficiente apoyo empírico como para afirmar que sirvió eficazmente para reproducir e incluso aumentar el patrimonio de los vinculistas y, por ende, reproducirlos como clase dominante; y ello bien podría facilitar una valoración no tan negativa. Al margen de esta cuestión, el trabajo resulta de un interés indudable. Tanto por constituir la primera aportación seria a un tema absolutamente desconocido (sólo contamos con un acercamiento jurídico al tema, debido a Bartolomé Clavero), como por la enorme y variada cantidad de las fuentes utilizadas.

La parte más interesante con mucho del trabajo se refiere al proceso desvinculador, constituyendo «el episodio más importante el pro-

eeso de liquidación de la propiedad feudal» mureiana. Interesante, además, porque arroja mucha luz sobre una de las medidas dave de la revolución liberal sobre la que apenas se tenían noticias. De los datos ofrecidos se desprende que entre el 15 y el 16 por 100 de la superficie cultivada supuso en conjunto la enajenación de bienes rústicos de origen viqueño; es de suponer, pues, que el grueso de los patrimonios quedaron como propiedad privada en manos de sus titulares. Las ventas beneficiaron a tres tipos de compradores: comerciantes y oligarcas urbanos, labradores acomodados, y campesinos. Con ello confirma, por un lado, lo que ha sido la tesis usual sobre el trasvase de propiedad habido con las medidas de cambio agrario liberal, a saber, que benefició a la burguesía -para quien estaban hechas las reformas- y tendió a concentrar aún más la propiedad; pero confirma también la existencia de otros beneficiarios, los campesinos, bien es verdad que en una proporción superficial -que no numérica- más reducida (fenómeno al que llamé hace algún tiempo «Campesinización») y que coexiste con la «vía» anterior como otra alternativa de penetración del Capitalismo en la agricultura española y europea. El caso es que «...La concentración y polarización que caracterizaban las estructuras de propiedad mureiana no se vieron atenuadas».

Por lo demás, el trabajo confirma los demás supuestos de la tesis clásica sobre la revolución liberal, al conceder a la desviqueñación la virtualidad de cooperar en el erecimiento de la producción, mediante la puesta en cultivo de las partes semiabandonadas o reducidas a pastizales de muchas tierras amortizadas y la ampliación de las zonas regadas. Con ello la autora no pretende, con bastante prudencia por cierto, generalizar el caso mureiano habida cuenta de que las mismas medidas llegaron a operar resultados muy diferentes en otras zonas del Estado. No obstante, uno de ellos sí parece que fue común: «la distribución del producto... se hizo en proporción directa al nivel de acceso a la tierra, por lo que vastos sectores de la población apenas se percataron de que se estaba atravesando una etapa de erecimiento».

En definitiva, estamos ante uno de los mejores trabajos alumbrados por la historiografía española durante el año pasado no sólo por su absoluta novedad, sino por su rigor metodológico y su exhaustiva consulta de las fuentes. Quizá la mejor descripción de la obra la haya dado en el prólogo Bartolomé Clavero: «tan saludablemente clásica como trabajadamente pionera».

Manuel González de Molina

PILBEAM, Pamela M.: *The Middle Classes in Europe, 1789-1914. France, Germany, Italy and Russia*. Basingstoke y Londres, 1990. 4." 328 pp.

La obra de Pamela Pilbeam sobre las clases medias en Francia, Alemania, Italia y Rusia entre 1789 y 1914 viene a recordarnos la sabiduría de unas palabras de Alfred Cobban, escritas hace casi treinta años, acerca del carácter central que tiene para el conocimiento histórico el estudio de las formaciones sociales. Si bien el trabajo de Pilbeam no es completamente novedoso desde el punto de vista interpretativo, el volumen de información manejado y el rigor expositivo del mismo hacen que la obra tenga la muy estimable virtud de consolidar y reforzar lo que se puede denominar como corriente revisionista de la historia social del siglo XIX. Teniendo en cuenta las sugerencias que contiene, así como la amplitud de las cuestiones tratadas, cabe esperar que este trabajo estimule la renovación de las perspectivas con las que hasta ahora los historiadores del mundo contemporáneo han venido analizando buena parte de los problemas de la época, y no sólo los estrictamente sociales; también los políticos y económicos.

El voluminoso y denso estudio de esta «lecturer» en Historia de la Universidad de Londres constituye fundamentalmente un trabajo de síntesis bibliográfica realizada a partir de las últimas y más innovadoras contribuciones de la historiografía occidental acerca del devenir de las clases medias en los países aludidos. No obstante, una parte importante del libro es el resultado de la investigación directa de la autora con fuentes archivísticas y documentales, aspecto en el que se pone de manifiesto su condición de especialista en la Revolución francesa, y sobre todo en la de 1830. Esta particularidad pasa cierta factura a la con todo exigua cuenta negativa de la obra, que dedica bastante más atención a Francia que a los demás países y que cronológicamente se ocupa con más detenimiento de las primeras décadas del siglo XIX que de los años finales. En último término, las principales aportaciones de Pilbeam sirven más para entender y explicar la situación de las clases medias antes de la segunda revolución industrial que su estado en vísperas de la primera guerra mundial.

El libro cumple satisfactoriamente su propósito de comparar las clases medias en cuatro de los principales estados de la Europa continental desde la Revolución francesa de 1789 hasta el estallido de la Gran Guerra. El planteamiento y desarrollo de la obra está marcado por una actitud de inconformismo interpretativo en el que dejan sen-

tir su influjo tanto las consideraciones sobre la persistencia del Antiguo Régimen de Arno Mayer como, sobre todo, los trabajadores de Alfred Cobban en los que se desarrolla la incompatibilidad entre la historia crítica y comprensiva y el uso de una teoría general sociológica. En un capítulo introductorio que constituye una de las principales aportaciones del trabajo, Pilbeam, que hace un estudio del uso y del significado del término «clase social», llega a la conclusión de que las visiones de la diferenciación de clase han sido siempre subjetivas, a menudo el producto de una específica ideología política e imbuidas de fervor mesiánico enmascarado como ciencia. A pesar de que señala que en nuestro siglo el conflicto no ha sido sólo entre marxistas, desviacionistas, no marxistas y antimarxistas, sino también entre los que toman un punto de partida empírico y los que parten de un elemento ideal o modelo, y a pesar de que reconoce que se han cometido los mismos errores en ciertos empeños revisionistas, lo cierto es que el principal criterio motor de la obra lo constituye poner en evidencia, en cada uno de los aspectos estudiados y de forma casi sistemática, la inadecuación de los principales «dogmas» del marxismo para el análisis y la comprensión del fenómeno histórico de la revolución burguesa y la prevalencia social de las clases medias.

Con este planteamiento inicial, Pilbeam establece la heterogénea composición de los grupos sociales incluidos dentro del término «clases medias», y en sucesivos capítulos estudia los grupos empresariales, la burguesía terrateniente, los grupos profesionales, la burocracia, el ejército y la relación entre la educación y las clases medias, por lo que se refiere a un primer y mayoritario bloque de condición eminentemente socioeconómica; los dos últimos apartados, con un carácter sobre todo sociopolítico, se ocupan de revisar la primera fase de la revolución burguesa —el período 1789-1815— y la naturaleza del liberalismo como tendencia política dominante del siglo XIX. En último término, se nos muestra como «clases medias» a un grupo con escasa homogeneidad interna y grandes variaciones en cuanto a las rentas económicas, las ocupaciones laborales y profesionales, los niveles de educación, los intereses culturales y las preocupaciones políticas. Pilbeam concluye que no fue el empresariado el grupo social que diseñó y controló la cultura política del período; en cambio, fueron los tradicionales elementos profesionales y terratenientes de la sociedad quienes, gracias a su posición preeminente en la burocracia, las profesiones y la educación, continuaron ejerciendo un considerable control sobre la movilidad social. La industrialización abrió una vía de innovación social y política, pero el desarrollo del Estado tuvo un impacto más permanente sobre el individuo y su posición en la sociedad. El siglo XIX fue un siglo burgués, pero no tanto

por el desarrollo de la industria como por el rol creciente del Estado.

Fidel Gómez Ochoa

PORTER, Roy, y TEICH, Mikulás (eds.): *La Revolución en la historia*. Barcelona, 1990. 4." 438 pp.

Roy Porter y Mikulás Teich, *senior Lecturer* del Wellcome Institute for the History of Medicine, en Londres, el primero, y *Fellow Emeritus* del Robinson College de Cambridge, el segundo, han tenido el acierto de reunir a un espléndido ramillete de historiadores de las más diversas épocas y campos -E. I. Hobsbawm, M. I. Finley, W. N. Parker, Peter Burke y Elizabeth Eisenstein, entre otros- con el objeto de reflexionar serena y lúcidamente sobre el concepto o la idea de «revolución» en la historia. El profundo revisionismo que actualmente sacude las corrientes y escuelas historiográficas, desde el marxismo hasta el deconstructivismo, como consecuencia de una actitud investigadora más crítica y prudente -a la que no es ajena la crisis de las «ideologías»-, obliga a repensar conceptos, aspectos y aun «dogmas» de nuestra historia pasada, considerados hasta hace poco tiempo incontrovertibles. Tal es el caso que nos ocupa. Nuevos interrogantes -y otros viejos no suficientemente contestados- y la sana intención de superar un cómodo escepticismo semántico que se resume en el «todo depende de lo que cada uno pretenda expresar con el término revolución», han inspirado la iniciativa de este libro y han impulsado a sus autores a afrontar aspectos esenciales de los campos en los que son expertos reconocidos. Han considerado como un punto fundamental en su tarea el examen crítico de los trabajos existentes, tanto empíricos como conceptuales, en sus especialidades respectivas, así como señalar los aspectos positivos y negativos de los conceptos de revolución de los historiadores en campos tan diversos como la historia económica, el desarrollo de las artes plásticas y la política del poder.

Diffícilmente, por no decir imposible, un volumen de estas características podía abarcar todos los aspectos de un tema tan amplio. No era este, obviamente, el objetivo de los editores. Sin embargo, las pautas en el tratamiento del análisis individual y comparado de las revoluciones que el libro nos ofrece, permite contar con un utillaje de irrefutable valor para quienes, desde uno u otro campo, se adentren en un terreno en el que, como advierten los autores de este libro, habrá que estar más atentos a la complejidad y al pluralismo, olvidando viejos y desfasados mecanismos reduccionistas y sensibilizándose ante el uso correcto de términos y conceptos.

Muy de agradecer especialmente es el trabajo de Eric Hobsbawm, donde, continuando en parte una línea de investigación que va desde Moore a Skocpol, se adopta una actitud crítica respecto a la mayor parte de los trabajos anteriores de ciencia social sobre el tema, poniendo el énfasis en el problema, con frecuencia olvidado, de cómo y cuándo terminan las revoluciones. Su estudio se ocupa ante todo de las revoluciones como incidentes en el cambio macrohistórico, es decir, como «puntos de ruptura» en sistemas sometidos a una tensión creciente, y de las consecuencias de tales rupturas.

Los otros autores han analizado las formas concretas en que el pensamiento histórico es o no aplicado en términos revolucionarios a diferentes campos específicos de la historia. Así, mientras Moses Finley y Joseph Needham se ocupan de la Antigüedad y de la China anterior a 1911, Arnost Klíma y Tibor Hajdu presentan estudios sobre los movimientos revolucionarios de la Europa central en 1848-1849 y 1917-1921. Victor Kiernan, por su parte, analiza el papel del nacionalismo como impulsor de luchas revolucionarias contra las potencias coloniales. Otros trabajos, como el de Paulinyi, plantean la cuestión de dónde reside exactamente el carácter revolucionario de algunas transformaciones dramáticas.

En definitiva, un denso volumen de casi medio millar de páginas que tiene, entre otras, la gran virtualidad de ofrecer sugerencias positivas respecto al papel del concepto de revolución y respecto a la interpretación de la revolución como una fuerza histórica. Como certamente se señala en su introducción «sólo si somos capaces de captar la naturaleza diversa, sutil, pero esencial, de la revolución en el curso de nuestra historia, podremos tener la capacidad y el valor necesarios para afrontar y contribuir a las transformaciones de nuestro tiempo».

Francisco de Luis Martín

SIERRA ALVAREZ, José: *El obrero soñado. Ensayo sobre el paternalismo industrial (Asturias, 1860-1917)*. Madrid, 1990.4." 276 pp.

La teoría social es una, aunque las disciplinas que la abordan sean varias; es frecuente que desde la vecindad, sociólogos, economistas..., pero sobre todo filósofos de la ciencia, valoren el análisis histórico retrotrayéndolo a prácticas obsoletas y anticuadas del mismo; una actitud similar es perceptible hoy entre los historiadores en relación con las investigaciones de los geógrafos, juzgadas o ignoradas más en función de su realidad pasada que de su presente. Este libro constituye una buena muestra contra lo viciado de esta actitud, pues

es una tesis doctoral elaborada en el Departamento de Geografía, Urbanismo y Ordenación del Territorio de la Universidad de Cantabria, bajo la dirección de José Ortega Valcárcel -quien, también desde la Geografía, ha suministrado luces sobre la funcionalidad de la pequeña producción campesina-, asesorada por Juan José Castillo y publicada en la colección de Sociología del Trabajo de Siglo XXI.

El objeto de exploración es en primer lugar teórico y comparativo: seguir los modos a través de los cuales se pliega una mano de obra de origen rural o artesanal a la ley de la fábrica (Perrot), la conversión de las clases *dangerieuses* en clases *labourieuses* (Chevalier), y empíricamente concretado en segundo término a la minería asturiana hasta 1920, territorio que, desde perspectivas tan novedosas como eficaces (y desde p. 165), recibe nuevas luces que permiten una mejor comprensión de problemas que no han dejado de atender los historiadores (Ruiz, Shubert, Erice, Ojeda, García Piñeiro...).

Para construir su investigación José Sierra se arma de elementos de análisis económico de las primeras empresas industriales (Pollard), de los que se ocupan de las relaciones sociales en la primera industrialización (Thompson, Gutman...), de sociología del trabajo y de los trabajadores (Perrot, Trempe...), de recientes planteamientos de geografía urbana y de ordenación del territorio, de historia, antropología y hasta literatura (Zola, Verne...), elaborando un relato cuya eficaz escritura no es su menor virtud. Las fuentes son también originales, aunque sólo se dejan descubrir en las notas, recogidas en el archivo del Ministerio del Trabajo, en el Instituto Geológico y Minero, siendo de destacar el buen uso que hace de las memorias de los Ingenieros de Minas, necesariamente convertidos en sociólogos aficionados cuando habían de enfrentarse a los múltiples problemas que les causaba la organización productiva de la mano de obra de los trabajadores.

El tener capital no significaba controlar el proceso de trabajo, relativamente complejo en el caso de la minería de carbón, y la organización laboral suponía disciplinar a dos categorías de trabajadores tan necesarias como diferentes: los trabajadores más cualificados procedentes del mundo de los oficios, cuya resistencia provenía de las tradiciones de autonomía laboral de las que venían y a los que se ofrecía por 10 general la zanahoria, y la mayoría de los trabajadores sin cualificar, de extracción rural, cuando no combinaban trabajo eventual en la misma y en el campo, a los que se aplicaba más frecuentemente el palo. Convertir esa *vieja chatarra preindustrial* de campesinos y artesanos en fuerza de trabajo efectiva en la minería de carbón era una empresa compleja y es el tema principal del libro; y tal tema conecta con desarrollos y preocupaciones específicas de la his-

toría social española hoy, que ha de explicar la composición y los comportamientos de la clase obrera española cuando se configura como *clase nacional* (primeras décadas del XX), a partir de su mayoritario origen rural o de su extracción del mundo urbano de *las artes y los oficios*.

Las estrategias patronales de disciplinamiento productivo respondían a la necesidad de atraer, retener y fijar una mano de obra tan nómada inicialmente como resistente, lo que, en ausencia de una regulación estatal de las relaciones laborales, significaba la configuración de un *paternalismo industrial* y la *invención de un obrero modelo*. Aquí entra la ordenación del espacio en poblados obreros modélicos, pero también la ordenación de la moral: contra la taberna como lugar de sociabilidad y contra cualquier tipo de relaciones sociales horizontales o mediante la erradicación de la mujer en el proceso de producción, la *metáfora espacial* de las viviendas unifamiliares (con huerto) y las políticas generales de seguros, sanidad, etc., que la patronal minera había de inventar ante la carencia de un estado que le garantizara la reproducción y disciplinamiento de la fuerza de trabajo.

Aquí se abre un terreno para la discusión, pues José Sierra advierte que los contenidos de esta estrategia patronal necesaria de reformismo social provocan la oposición de los trabajadores, y también inicialmente de las organizaciones socialistas, para pasar después a ser contemplados en el socialismo internacional como conquistas de la clase obrera, insinuando la coincidencia de reformismo obrero y estrategia patronal (p. 51). El problema quedaría salvado, al analizar en la segunda parte los problemas concretos de gestión y organización de la mano de obra en la minería asturiana, por el *utopismo patronal* que pretendía mantener viejas formas de relación (paternalismo) en las nuevas condiciones de desarrollo capitalista. Como respuesta no sobrevive a la Gran Guerra, tanto por la autoorganización obrera como por el creciente papel del Estado en la definición de las relaciones laborales.

Del empeño se desprenden dos resultados: la ilustración de la función ideológica del reformismo social patronal, paralela a la que caracteriza a las organizaciones agrarias españolas, más conocida, aunque no tan analizada, y la descripción detallada de la composición de los mineros asturianos, un mercado de trabajo de características preindustriales y precapitalistas (p. 183), más preocupados en *perder su terreno que su jornal con nosotros* (1891). Con la creación del Sindicato de Obreros Mineros de Asturias (1910), y de la Asociación Patronal de Mineros Asturianos (1913) comienza otra historia, a la vez que un mayor intervencionismo del Estado, pero una historia di-

rectamente asentada sobre las baldosas interdisciplinarias que ha reconstruido el autor de este libro.

Carlos Forcadell Alvarez

TUSELL, J., y CARcA QUEIPO DE LLANO, C.: *Los intelectuales y la República*. Madrid, 1990. 4.º 276 pp.

La oportunidad y el interés de esta obra responden a un doble tipo de razones: primero, por el planteamiento general que subyace en ella; después, por el esfuerzo realizado por los autores para localizar, ordenar y analizar los textos sobre los que se han apoyado.

La rápida trayectoria seguida en España hacia el cambio de régimen a lo largo de 1930 y los primeros meses de 1931, una vez caída la Dictadura del general Primo de Rivera, y la escasa fuerza de los republicanos y de otras fuerzas de oposición en la década de los veinte, han suscitado repetidamente entre los historiadores el interés por los factores de todo orden que propiciaron la implantación del régimen republicano. En este libro, en particular, para clarificar la cuestión anterior, los autores tratan del papel jugado por los intelectuales en la preparación del ambiente político y social a favor de la República desde enero de 1930 hasta abril de 1931. Pero el estudio de esa actitud debía incluir también el descubrimiento de la necesidad del cambio de régimen y la conversión de los propios intelectuales al republicanismo, tal como se realiza en esta obra.

Los intelectuales -escritores- analizados están ordenados de acuerdo con el criterio generacional, muy del gusto de los autores de la época, matizado con el de la formación de grupos por la proximidad ideológica de varios de ellos, como los liberales, los socialistas, los escépticos, etc., y en algunos casos, como en los de Azorín y Ortega, con el estudio de la rápida e intensa evolución de la ideología política seguida por éstos. Así pues, en este libro se trata de algunos hombres del 98 -Unamuno, «el símbolo», Valle-Inclán, Azorín, Machado, Maeztu-, de otros del 14 -Ortega y Azaña, fundamentalmente- y de los del 27 y 30 -«los intelectuales jóvenes», en palabras de los autores- o a ellos hay que añadir otros intelectuales: escritores, profesores y periodistas de gran prestigio e influencia sobre la sociedad española de la época, como Marañón, Jiménez de Asúa, Pérez Ayala, Araquistain, Marcelino Domingo, etc.

En general, la mayor parte de ellos, a través de sus escritos e intervenciones públicas colaboraron en la creación de un ambiente intelectual y político favorable a la proclamación de la República, pero algunos, como Benavente, Fernández Flórez, Baroja y Salaverría, ti-

tulados «escépticos», Eugenio d'Ors y Maeztu se mantuvieron neutrales o adoptaron actitudes contrarias; sin embargo, aunque las aportaciones de los primeros fueron importantes, tanto en la etapa previa como en la posterior, en la que algunos ocuparon destacados puestos de la escena política, su influencia para el cambio de régimen no sobrepasó los límites de la mera difusión de la ideología republicana. La trayectoria política de los intelectuales fue divergente a partir de abril de 1931: unos se mantuvieron dentro de las formaciones republicanas y colaboraron con las instituciones, pero otros permanecieron al margen o se enfrentaron al nuevo régimen; sin embargo, ese aspecto queda ya fuera del objeto de este trabajo.

La localización de los textos ha sido complicada en algunos casos debido a la censura implantada en la España de la época; de ahí que los autores hayan acudido en ocasiones a publicaciones realizadas en el extranjero y a la prensa argentina en particular. Para ello debe haber sido de gran utilidad la prolongada experiencia de los autores de este trabajo en este tipo de investigaciones.

En definitiva, esta obra resulta oportuna por su planteamiento, desvela la actitud de los intelectuales ante la caída de la Monarquía y el establecimiento del régimen republicano y es de gran utilidad por las aportaciones que realiza a un campo que ha sido poco tratado por los historiadores.

Glicerio Sánchez Recio